

X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 2005.

La `vieja izquierda` en la encrucijada: Cuadernos de Cultura y la política cultural del Partido Comunista argentino (1955-1963).

Cernadas, Jorge.

Cita:

Cernadas, Jorge (2005). *La `vieja izquierda` en la encrucijada: Cuadernos de Cultura y la política cultural del Partido Comunista argentino (1955-1963)*. X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-006/395>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

LA “VIEJA IZQUIERDA” EN LA ENCRUCIJADA: *CUADERNOS DE CULTURA* Y LA POLÍTICA CULTURAL DEL PARTIDO COMUNISTA ARGENTINO (1955- 1963)¹

Jorge Cernadas ²

Introducción

En la última década y media, la historia del campo cultural argentino -y la de sus frecuentemente íntimas y a la vez conflictivas relaciones con el campo político- de la etapa que transcurre entre el derrocamiento de Perón, en 1955, y el golpe de Estado de 1976, han generado un interés creciente. Éste se ha expresado -entre otros síntomas- en la publicación de diversos trabajos que estudian sus problemáticas y dinámica desde recortes, perspectivas analíticas y horizontes político-ideológicos heterogéneos³. Ese interés aparece asociado -entre otras posibles determinaciones- a un giro “epocal” más general producido al interior del campo historiográfico argentino (aunque no exclusivamente en éste), marcado por una renovada atracción hacia diversas vertientes de la “historia de las ideas” o de la “historia intelectual”. Sin embargo, a nuestro entender también puede ser vinculado con una voluntad de reevaluación política de la cultura y las tradiciones de izquierdas de la Argentina pre-1976, reevaluación más o menos (auto)crítica (y no siempre históricamente ponderada), ejercida en muchos casos por algunos de sus mismos protagonistas, y frecuentemente inscripta en el desplazamiento “de la revolución a la democracia” que, según la conocida fórmula de Norbert Lechner,

¹ El presente texto constituye una versión ampliada y modificada de “Notas sobre la política cultural del comunismo argentino, 1955-1959”, publicado en Mario Margulis y Marcelo Urresti (comps.): *La cultura en la Argentina de fin de siglo* (Buenos Aires, Oficina de Publicaciones del CBC-Universidad de Buenos Aires, 1997).

² Universidad de Buenos Aires y Universidad Nacional de General Sarmiento.

³ Para el período que nos ocupa, mencionemos, sin pretensión exhaustiva, trabajos como los de Oscar Terán: *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina, 1956-1966* (Buenos Aires, Puntosur, 1991); Silvia Sigal: *Intelectuales y poder en la década del sesenta* (Buenos Aires, Puntosur, 1991); Héctor Leis: *Intelectuales y política, 1966-1973* (Buenos Aires, CEAL, 1991); Grupo “Arte, cultura y política en los años `60” (eds.): *Cultura y política en los años `60* (Buenos Aires, Instituto de Investigaciones “Gino Germani”-Facultad de Ciencias Sociales/Oficina de Publicaciones del CBC-Universidad de Buenos Aires, 1997); Susana Cella (dir.): *La irrupción de la crítica* (vol. 10 de la *Historia crítica de la literatura argentina* dirigida por Noé Jitrik, Buenos Aires, Emecé, 1999); Beatriz Sarlo (con la colaboración de Carlos Altamirano): *La batalla de las ideas, 1943-1973* (Buenos Aires, Ariel, 2001). Anotemos que no pocos de éstos (y otros) estudios se centran en el análisis del “margen izquierdo” o de las corrientes “progresistas” o “modernizadoras” del campo cultural, a los que se asigna un rol relevante -cuando no hegemónico- al interior del mismo en las décadas del sesenta y primeros setenta. La incidencia de la intelectualidad de derechas en sus distintas vertientes, nada despreciable en particular en la esfera político-estatal, resulta en cambio relativamente descuidada en la producción reciente.

signó poderosamente el debate intelectual de la región a partir del retroceso político de los regímenes dictatoriales y el inicio de las llamadas “transiciones democráticas” en los años ochenta del siglo pasado⁴.

Se ha señalado que las publicaciones periódicas ofrecen diversas ventajas para la reconstrucción de los avatares de un campo cultural: son deliberadamente producidas para generar opiniones dentro de ese campo, a menudo mantienen relativa continuidad temporal, y permiten descubrir matices ligados a la coyuntura que suelen desdibujarse o tornarse imperceptibles en fuentes de otra naturaleza (v.gr. libros)⁵. Por otra parte, diversos analistas coinciden en destacar la riqueza del período 1955-1976 en lo que a producción y circulación de revistas culturales y político-culturales se refiere. En este trabajo se exploran brevemente algunos de los rasgos dominantes y los dilemas de la política cultural desplegada por una de las principales organizaciones de la izquierda argentina de entonces, el Partido Comunista (PCA), a partir de la revista periódica *Cuadernos de Cultura* (en adelante CC) y de otras publicaciones partidarias, en una coyuntura histórica breve pero cualitativamente densa -la que va desde mediados de la década del '50 a los primeros '60-, coyuntura en la cual “comienza a resquebrajarse el papel de centralidad que el PCA había tenido en el campo cultural, o en la zona más significativa del campo cultural representada por los grupos de lo que rápidamente podría llamarse frente antifascista”⁶.

Si ese proceso relativamente rápido de deterioro tuvo efectivamente lugar, cabe legítimamente preguntarse por qué detenerse a examinar algunas dimensiones y posibles determinaciones del mismo. Ello supone asignar algún interés a aquellos actores que, en un campo (político y cultural) de izquierdas en plena efervescencia,

⁴ Norbert Lechner: “El debate intelectual en América del Sur. De la revolución a la democracia”, en *La Ciudad Futura* nro. 2, octubre de 1986, pp. 33-35. En el contexto del clima dominante de ideas delineado por Lechner (y en polémica con el mismo), vale recordar el temprano y agudo señalamiento efectuado por Perry Anderson en 1987, en el sentido de que “la democracia capitalista estable es construida aquí sobre la derrota -y no sobre la victoria- de las clases populares”. P. Anderson: “Democracia y dictadura en América Latina” [conferencia pronunciada en la carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires en octubre de 1987], incluido en Horacio Gaggero (comp.): *Estructura social y conflicto político en América Latina* (Buenos Aires, Editorial Biblos, 1989), p. 253.

⁵ Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo: *Literatura/Sociedad* (Buenos Aires, Hachette, 1983); Beatriz Sarlo: “Intelectuales y revistas: razones de una práctica”, en CRICCAL: *Le discours culturel dans les revues latinoaméricaines (1940-1970)* (París, Presses de la Sorbonne Nouvelle, 1992).

⁶ Lucas Rubinich: “La producción y circulación de las visiones del mundo”, en Mario Margulis y Marcelo Urresti (comps.): *La cultura en la Argentina...*, citado, p. 520.

hibridación y transformación, como el argentino de esos años, aparecen progresivamente ocupando “el papel de defensores de la fe, que desempeñan la función conservadora”⁷.

La caída del peronismo en 1955 fue percibida por los principales partidos de la izquierda argentina de la época (socialista y comunista), aun con sus diferencias, como una preciosa oportunidad de revertir la masiva y vertiginosa “transferencia de lealtades”⁸ operada en las clases populares una década antes⁹. Sin embargo, sus organizaciones no sólo no lograron erosionar sustancialmente la identidad política de esos sectores, ni alcanzar (o recuperar) protagonismo en la escena político-institucional y electoral, sino que se vieron afectadas poco después -más tempranamente en el caso del Partido Socialista- por diversos procesos de escisión y fractura¹⁰. Al mismo tiempo, las emergentes formaciones de la “nueva izquierda” intelectual y política comenzaban a disputarles tanto la pretensión del monopolio de la “herencia socialista” o del marxismo legítimos, cuanto la interpelación y orientación de los mismos sectores sociales, a su vez sujetos de una fuerte activación en la segunda mitad de los años `60 y primeros `70¹¹.

⁷ *Ibid.*

⁸ Según la noción acuñada por Perry Anderson para referirse a otros procesos históricos de esta naturaleza, en su trabajo “La historia de los partidos comunistas”, incluido en Raphael Samuel (editor): *Historia popular y teoría socialista* (Barcelona, Crítica, 1984).

⁹ Desde luego, el crucial interrogante acerca de “qué hacer con las masas” luego de la experiencia peronista, como ha destacado recientemente Carlos Altamirano, atraviesa toda la discusión intelectual (y política), aunque sin dudas afecta de modo diferencial a fuerzas que hacían de la vehiculización de los “intereses históricos” de aquéllas uno de los rasgos definitorios de su propia identidad (cf. Beatriz Sarlo: *La batalla...*, citado, Estudio Preliminar, Sección I).

¹⁰ Esos procesos han sido hasta ahora insuficientemente estudiados. Sobre el PSA, véase Cecilia Blanco: “El partido socialista en los `60: enfrentamientos, reagrupamientos y rupturas”, en *Sociohistórica. Cuadernos del Centro de Investigaciones Socio-Históricas* nro. 7 (primer semestre de 2000), pp. 109-143; sobre el PCA, los trabajos de María Cristina Tortti: “Izquierda y ‘nueva izquierda’ en la Argentina. El caso del Partido Comunista”, en *Sociohistórica. Cuadernos del Centro de Investigaciones Socio-Históricas* nro. 6 (segundo semestre de 1999); “Debates y rupturas en los partidos Comunista y Socialista durante el frodizismo”, en *Prismas. Revista de historia intelectual* nro. 6 (2002), pp. 265-274; “Izquierda y nueva izquierda a principios de los `60. El caso del Partido Comunista”, mimeo, s/f [2002]; “Comunistas disidentes: el grupo de ‘Pasado y Presente’ y los orígenes de la nueva izquierda” (ponencia presentada a las 3ras. Jornadas de Sociología de la UNLP, La Plata, 10 al 12 de diciembre de 2003).

¹¹ Véase María Cristina Tortti: “Protesta social y `Nueva Izquierda` en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional”, en Alfredo Pucciarelli (editor): *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN* (Buenos Aires, EUDEBA, 1999), cuya noción amplia de “nueva izquierda” adoptamos aquí.

A nuestro juicio, la multiplicación y el dinamismo ideológico de estas nuevas formaciones -uno de cuyos tópicos reposaba en la voluntad de superar la distancia con unas clases populares en presunta disponibilidad política, distancia que la izquierda “tradicional” no parecía capaz de acortar, cuando no se la responsabilizaba directamente por ella a partir de su intervención en los años del surgimiento del peronismo y su actitud férreamente opositora ante sus gobiernos- ocluyeron la mera posibilidad de construir una mirada histórica sobre la trayectoria de partidos que, como el comunista, conservaron sin embargo -incluso más allá de los límites de la breve coyuntura que aquí abordamos- importancia no despreciable dentro del relativamente estrecho “margen izquierdo” del campo político argentino, sobre todo por su inserción en sectores de las “capas medias” profesionales e intelectuales, en el movimiento estudiantil, y aun en fracciones del llamado empresariado “nacional” y del movimiento sindical, para no referirnos -en un plano diferente de análisis- a la envergadura del aparato partidario. Indicios de esa influencia pueden hallarse, por ejemplo, en el hecho mismo de que las organizaciones de la “nueva izquierda” - algunas de ellas surgidas de rupturas y deserciones de las filas del Partido Socialista o del propio comunismo- a menudo comenzaban afirmando su identidad por oposición al “reformismo”, el “anquilosamiento” teórico-político o la “incomprensión del problema nacional” (o incluso la “traición”) del PCA (lo que en cualquier caso no deja de ser revelador de la centralidad que aún se le asignaba en el campo de izquierdas, aunque se la connotara negativamente), o en la perduración, en las nuevas formaciones, de matrices organizativas, teóricas, discursivas, etcétera, a menudo implícitamente tributarias de las construidas por la izquierda “tradicional”. Si se acepta que la lógica que rige las tomas de posición en un determinado campo político -al igual que ocurre en el campo cultural- es fuertemente relacional¹², y que la emergencia de la “nueva izquierda” se produce en oposición no sólo al Estado y las clases dominantes sino también a las formaciones y la cultura política de esa izquierda “tradicional”, parece lícito afirmar que una comprensión adecuada del origen y despliegue de la “nueva izquierda” reclama un examen del recorrido y los puntos de fuga de las fuerzas políticas de la “vieja

¹² Pierre Bourdieu: “La représentation politique. Eléments pour une théorie du champ politique”, en *Actes de la recherche en sciences sociales* nro. 36-37, febrero-marzo de 1981.

izquierda”, como el comunismo (y -para el tema que aquí nos ocupa- de sus políticas culturales), examen hasta ahora apenas iniciado¹³.

La línea política partidaria

Comenzar aludiendo brevemente a la línea política del PCA entre 1955 y los primeros '60 supone reconocer, y jerarquizar analíticamente, la inscripción compleja de CC en el campo cultural argentino, en tanto órgano de una fracción intelectual que, para entonces -tras casi cuarenta años de vida del PCA, fundado en 1918-, mantiene a la vez vínculos de autonomía relativa pero también de tensión, y eventualmente de subordinación, con el “núcleo duro” de la dirección política partidaria (encarnado en figuras “históricas” como Victorio Codovilla o Rodolfo Ghioldi)¹⁴, dirección que por otra parte, cabe recordar, también integran formalmente -por ejemplo, como miembros del Comité Central- destacados intelectuales comunistas de procedencia y perfil en varios sentidos tan diversos como Héctor Agosti, Ernesto Giudici o Emilio Troise.

Si la convivencia de los comunistas con otras formaciones políticas y culturales en un espacio común de oposición al peronismo gobernante no había estado exenta de tensiones y recelos mutuos -en la medida en que coincidió temporalmente con la disolución de la “gran alianza” antifascista propia de la Segunda Guerra mundial y la irrupción de la “Guerra Fría” en el escenario internacional de posguerra-, dicha convivencia, forjada trabajosamente por el PCA

¹³ Sobre la escasa bibliografía existente hasta fines de los años '90 acerca del PCA -literatura mayoritariamente de matriz militante, a la que apenas se podría agregar un puñado de trabajos ulteriores-, y para una identificación de núcleos problemáticos y cuestiones de periodización de la historia partidaria, véase Jorge Cernadas, Roberto Pittaluga y Horacio Tarcus: “La historiografía sobre el Partido Comunista de la Argentina: un estado de la cuestión”, en *El Rodaballo. Revista de política y cultura*, año IV, nro. 8 (otoño/invierno de 1998), pp. 31-40.

¹⁴ Esta inscripción compleja sugiere cautela en el uso estricto de la noción de *campo cultural*, tal como ésta aparece formulada en la obra de Pierre Bourdieu, a la hora de analizar la política cultural comunista. Como advierte Silvia Sigal de modo más general para la Argentina, parece conveniente apelar a tal noción “en tanto conjunto de principios *heurísticos* antes que como categoría clasificatoria”; S. Sigal: “Poder, intelectuales, campo cultural. Reflexiones alrededor del caso argentino”, en Christian De Paepe y otros (eds.): *Literatura y Poder* (Leuven, Leuven University Press, 1995), p. 47. Asimismo, resulta pertinente atender las orientaciones provenientes de la sociología cultural británica (v.gr. la obra de Raymond Williams), que sugieren una concepción de la cultura como dimensión de la lucha por la recreación, modificación parcial o desintegración de determinada hegemonía (antes que como espacio de competencia por la apropiación de un “capital” específico entre sus agentes). Sobre la “doble inscripción” a que hacemos referencia en el caso particular del PCA, véanse las reflexiones de Néstor Kohan en “Ernesto Giudici. Herejes y ortodoxos en el comunismo argentino”, incluido en su volumen *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano* (Buenos Aires, Editorial Biblos, 2000).

desde el viraje político frentista iniciado a mediados de los años '30 que desembocaría finalmente en la "Unión Democrática"¹⁵ -y que el peronismo gobernante, quizás habida cuenta de su poderío electoral, y la debilidad del PCA en ese terreno, no pareció particularmente preocupado por desactivar-, se tornaría claramente más problemática luego del '55, al estallar el precario consenso antiperonista vigente hasta entonces, consenso en el que, como señalara no sin ironía Angel Rama, "se apelmazaban derechistas e izquierdistas"¹⁶.

Al caer el peronismo, el PCA se hallaba "en cautelosa oposición a él para ensayar una vez más el acceso a la plena respetabilidad política"¹⁷, respetabilidad que, desde la perspectiva de los actores dominantes de la constelación antiperonista, había sido severamente afectada por el para entonces todavía reciente y frustrado intento partidario de aproximación al peronismo motorizado en 1952 por su entonces secretario de organización, Juan José Real (prontamente expulsado a raíz del episodio, bajo la acusación de "desviación nacionalista-burguesa").¹⁸ Ese ensayo al que alude Halperín Donghi es el que el PCA, no

¹⁵ Para la trayectoria de la línea política partidaria desde los años treinta hasta la caída del peronismo, pueden consultarse, entre otros, los trabajos de Mario Rapoport: *Los partidos de izquierda, el movimiento obrero y la política internacional, 1930-1945* (Buenos Aires, CEAL, 1988), y "La Tercera Internacional y América del Sur. Notas introductorias para su estudio" (ponencia presentada a las Jornadas sobre los Trabajadores en el Siglo XX, Buenos Aires, Fundación Simón Rodríguez, julio de 1991); Carlos Altamirano: "Una, dos, tres izquierdas ante el hecho peronista (1946-1955)", incluido en su volumen *Peronismo y cultura de izquierda* (Buenos Aires, Temas Grupo Editorial, 2001); para el período que aquí nos ocupa, véanse los trabajos de María Cristina Tortti citados previamente en la nota 10.

¹⁶ Angel Rama: "La narrativa en el conflicto de las culturas", en Alain Rouquié (comp.): *Argentina hoy* (Buenos Aires, Siglo XXI, 1982), p. 276. Este proceso de fragmentación en el campo cultural en los años que siguen al derrocamiento del peronismo- simultáneo al que se opera en el campo político y partidario- ha sido analizado por Oscar Terán en "Rasgos de la cultura argentina en la década de 1950", incluido en su volumen *En busca de la ideología argentina* (Buenos Aires, Catálogos, 1986), pp. 195-253, y en *Nuestros años sesentas...*, citado, y, desde una perspectiva analítica diferente, en Silvia Sigal: *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, citado.

¹⁷ Tulio Halperín Donghi: *Argentina. La democracia de masas* (Buenos Aires, Paidós, 1986), p. 100.

¹⁸ Así, por ejemplo, el PCA resultó duramente cuestionado en las filas del movimiento universitario reformista (que ocupó, como es sabido, un lugar significativo en la alianza antiperonista), a punto tal que luego del golpe de Estado de 1955, en el contexto de la activación y legalización de los centros de estudiantes, se discutía enérgicamente acerca de la readmisión o no de los militantes comunistas en los mismos. Sobre este tema, véase el testimonio de Jorge Gadano (entonces militante radical-frondizista, y más tarde comunista), en Mario Toer (coord.): *El movimiento estudiantil de Perón a Alfonsín / 1* (Buenos Aires, CEAL, 1988), pp. 90-92; desde la óptica partidaria, el "asunto Real" y los "errores" de la línea política comunista en la universidad derivados del mismo, son explicados por Bernardo Kleiner: *20 años de movimiento estudiantil reformista, 1943-1963* (Buenos Aires, Editorial Platina, 1964), pp. 118-129.

obstante sus diversas peripecias y frecuentes frustraciones, no abandonaría -más allá de variaciones tácticas- en todo el período que nos ocupa.

En octubre de 1955, uno de los principales dirigentes partidarios, aunque ponderaba que el “golpe de estado militar-clerical” se había propuesto “detener el ascenso de la combatividad de la clase obrera y el pueblo” que creía haberse iniciado en las postrimerías del régimen peronista, valoraba positivamente sin embargo que la desarticulación del “aparato de Estado corporativo-fascista creado por Perón” hubiera abierto una presunta “brecha”, susceptible de ser ensanchada mediante la formación de una amplia coalición democrática que incluyera un papel protagónico para el PCA¹⁹. Este diagnóstico se inscribía en una perspectiva reformista -de larga data en el comunismo local- que vino a remozarse, reforzarse y legitimarse con la estrategia mundial promovida por la Unión Soviética luego del célebre XX Congreso del Partido Comunista de la URSS en 1956, que oficializó la “coexistencia pacífica” entre el “campo del socialismo y de la paz” y el supuestamente declinante “campo del imperialismo y de la guerra” liderado por los Estados Unidos, el apoyo a las burguesías nacionales en las áreas periféricas del mundo capitalista y la transición pacífica al socialismo²⁰. El PCA, cálido y rápido receptor de estas tesis²¹, redoblaría desde entonces sus esfuerzos militantes y su ya antigua insistencia en la necesidad de articular un “frente democrático nacional” antioligárquico y antimperialista -frente destinado a consumir una “etapa” históricamente necesaria y previa a la revolución socialista en países atrasados y dependientes del imperialismo como la Argentina-, empresa política que se revelaría ciertamente no exenta de dificultades y contrariedades, en la medida en que los hipotéticos socios “progresistas” y “democráticos” interpelados por los comunistas

¹⁹ Victorio Codovilla: “Perspectivas de desarrollo de la situación política argentina después del reciente golpe de estado”, en V. Codovilla: *Una trayectoria consecuyente (trabajos escogidos)* (Buenos Aires, Anteo, 1964), T. III, pp. 166-167. Allí se caracterizaban las corrientes en pugna dentro del flamante régimen militar, entre ellas “la que encabeza el contralmirante Rojas (vicepresidente), que declara inclinarse hacia posiciones `democráticas` y de cierta resistencia al imperialismo yanqui” (p. 162).

²⁰ Lilly Marcou: *El movimiento comunista internacional desde 1945* (Madrid, Siglo XXI, 1981), p.47.

²¹ Cf. Victorio Codovilla: “La nueva relación de fuerzas en lo internacional y nacional y el camino argentino hacia la democracia, la independencia nacional y el socialismo”, informe al Comité Central del PCA (julio de 1956), incluido en V. Codovilla: *Una trayectoria consecuyente...*, citado, T. III, pp. 172-177. Aunque aún resta mucho por indagar históricamente acerca de los vínculos de la dirigencia del PCA con las orientaciones políticas de la URSS (a menudo reducidos a dependencia lineal hasta la caricatura por la historiografía militante producida por sus adversarios políticos), en términos generales su firme adscripción a tales orientaciones, e incluso su rol “disciplinador” de otros partidos comunistas de América Latina desde los años de la Internacional Comunista, parecen indudables.

para integrarlo -excluido el liderazgo peronista “fascista”²²- mostraron llamativa renuencia a estas convocatorias, cuando no convalidaban, más o menos abierta o tácitamente, las frecuentes persecuciones políticas sufridas por los militantes partidarios durante el período.

Hacia fines de 1955 -ya consumado el desplazamiento del general Lonardi y su elenco de funcionarios y asesores de raigambre nacionalista y/o católica de la presidencia provisional-, el PCA resultó excluido de la Junta Consultiva de partidos “democráticos” erigida por el régimen militar de la “Revolución Libertadora”, cuya policía impidió, a su vez, la celebración de la Primera Conferencia Nacional de Intelectuales Comunistas en marzo de 1956, “por razones de seguridad y orden público”²³. A mediados de este año, la organización debió defenderse de acusaciones oficiales según las cuales la rebelión pro-peronista del general Valle, aplastada sangrientamente en junio, había tenido “cabeza comunista y cuerpo peronista”, infundió que el destacado dirigente Victorio Codovilla se apresuró a desmentir con energía, al enfatizar que, por el contrario, la línea partidaria postulaba que “*no hay que volver atrás, sino marchar hacia adelante*”²⁴. Tales protestas de buena voluntad hacia el gobierno dictatorial no surtieron sin embargo el efecto esperado: en octubre de 1956, una “Junta de Defensa de la Democracia” creada por “decreto-ley” comenzaba a vigilar y castigar a las organizaciones “comunistas”, “criptocomunistas”, “con infiltración comunista”, o tan sólo “totalitarias” (sic), según la ominosa ambigüedad conceptual propuesta en la normativa oficial. Meses después, la “operación Cardenal” conducía temporarily a la cárcel a un grupo de conocidos militantes comunistas, entre ellos el “heredero intelectual” de Aníbal Ponce y director de CC, Héctor Agosti²⁵. Transcurrido poco más de un año del

²² Exclusión que no impediría, ciertamente, el llamado al “trabajo unitario” con los peronistas en el movimiento sindical, o la convergencia en el votoblanquismo electoral bajo la presidencia de Frondizi, tendientes a persuadir a la clase obrera de la conveniencia de su “desperonización” y del subsiguiente acercamiento a su “verdadero partido de vanguardia”. Sobre este punto, véase María Cristina Tortti: “Izquierda y ‘nueva izquierda’ en la Argentina. El caso del Partido Comunista”, en *Sociohistórica* nro. 6 (1999), pp. 224-225; también Daniel Campione: “Hacia la convergencia cívico-militar. Partido Comunista y ‘Frente Democrático’, 1955-1976” (ponencia presentada a las 2das. Jornadas de Historia de las Izquierdas, Bs. As., CEDINCI, 2002).

²³ Véase Héctor Agosti: “Los problemas de la cultura argentina y la posición ideológica de los marxistas”, incluido en su volumen de ensayos *Para una política de la cultura* (Buenos Aires, Procyon, 1956), p. 9, nota. Se trata del informe preparado por Agosti para la frustrada Conferencia, acaso la exposición más sistemática de la línea cultural oficial del partido por entonces.

²⁴ “La nueva relación de fuerzas...”, citado, pp. 263-264 (subrayado en el original).

²⁵ Véase Héctor Agosti: “Meditación desde el ‘París’”, en CC nro. 29, mayo de 1957.

celebrado desmoronamiento del “aparato de Estado corporativo-fascista creado por Perón”, éste cedía paso así a una exclusión que compartían ahora los vencidos de 1955 y algunos de sus más persistentes adversarios.

Una vez desnudados los límites políticos de la estrategia de radical “desperonización” intentada por el gobierno provisional, el PCA -tras el fracaso de su convocatoria a constituir un frente de las fuerzas “democráticas y populares”- apoyaría en los comicios de febrero de 1958 la candidatura presidencial del radical intransigente Arturo Frondizi -un aventajado estudioso local de la obra de Maquiavelo-, saludando la victoria de su heteróclito “frente nacional y popular” como “el inicio de una nueva época”, “un salto cualitativo en la situación nacional”²⁶. Pronto se presentarían, sin embargo, oscuros nubarrones en este límpido horizonte de optimismo político: en noviembre (a sólo seis meses de la instalación del nuevo gobierno), el establecimiento del estado de sitio y la acusación presidencial de que el PCA estaba promoviendo “un clima de subversión” llevaron al alarmado Comité Central partidario a preguntar públicamente: “¿Es que acaso los comunistas planteamos ahora el problema de la lucha por el poder en la Argentina...?”²⁷. La obvia respuesta, sinceramente negativa, no parece haber conmovido un ápice la rampante *raison d'état* desarrollista, que no sólo despejaba vertiginosamente las atronadoras ambigüedades de la retórica “nacionalista” y “progresista” de la campaña electoral²⁸, sino que conducía, pocos meses después, a la ilegalización del

²⁶ Héctor Agosti: “Mayo de 1958: una nueva época”, en *CC* nro. 35, mayo de 1958, pp. 115-117; *Nueva Era* (revista teórico-política del CC del PCA), año X, nro. 6, julio de 1958, “Editorial”. Parecido diagnóstico difundía la prensa oficial soviética: *Izvestia* caracterizaba el resultado electoral como “un testimonio de la creciente lucha de los pueblos latinoamericanos contra el dominio de los EE.UU.” (citado en Mario Rapoport: “La Argentina y la Guerra Fría. Opciones económicas y estratégicas de la apertura hacia el Este, 1955-1973”, en *Ciclos en la Historia, la Economía y la Sociedad* nro. 8, 1995, p. 97).

²⁷ *Nueva Era...*, año X, nro. 10, noviembre de 1958, “Editorial”, p. 15.

²⁸ Ambigüedades cuyo mejor ejemplo y vehículo acaso lo haya constituido la revista frigerista *Qué* -según diversos testimonios, de gran impacto en los medios intelectuales-, desenfadada y notable herramienta de fusión (y confusión) ideológica en los años de la “Revolución Libertadora”. En sus páginas -amén de las colaboraciones de Raúl Scalabrini Ortiz o Ernesto Jauretche- podían saludarse por igual los trabajos del ex-comunista Rodolfo Puiggrós, que lo mostraban “en el trance [sic] de asumir una posición nacional”, como el último opúsculo del ultramontano sacerdote Julio Meinvielle, por su supuesto “reconocimiento de que no hay camino de solución para la actual crisis fuera del pueblo” (*Qué*, nro. 111 del 01/01/57, y nro. 115 del 29/01/57, respectivamente), adherir al primer aniversario del periódico nacionalista *Azul y Blanco*, al fin de cuentas enrolado -más allá de discrepancias secundarias- en la nebulosa “línea nacional” frigerista, o aplaudir -en el mismo número y página- la aparición de *Programa Popular*, efímero órgano de los jóvenes del “ala izquierda” frondizista (Ismael Viñas, Noé Jitrik, Félix Luna, etc.), habida cuenta de su “profusión de planteos nacionales y populares” (*Qué*, nro. 135 del 18/06/57).

PCA, el cual, desde la óptica de la revista oficialista *Qué*, era coautor de “una acción disolvente que intenta dividir a la voluntad nacional” junto a “peronistas despechados con influencia trotskista”, resultando todos ellos “aliados objetivos” de la “oligarquía antinacional ligada a Gran Bretaña”²⁹. La organización descubrió entonces que el fantaseado intérprete de “los intereses de sectores populares, de la pequeña burguesía preferentemente, y de sectores progresistas de la burguesía nacional”, se había trasmutado, en el transcurso de sólo unas pocas semanas, en gestor activo de una política “antidemocrática, antiprogresista y proimperialista”, cuya “traición” - categoría de “análisis” político cuya insuficiencia explicativa contrasta significativamente con la recurrencia de su empleo en nuestro país- sería conjurada mediante... una amplia coalición democrática, que retomara e impusiera el programa electoral triunfante en 1958³⁰.

Para entonces, sin embargo, la pretensión del PCA de monopolizar política y simbólicamente el marxismo legítimo -pretensión que había logrado mantener más o menos exitosamente a lo largo de décadas, arrojando a los márgenes a otras tradiciones de la izquierda local- comenzaba a verse erosionada por un doble desafío: el de las diversas e ideológicamente heterogéneas formaciones políticas y culturales de la “nueva izquierda” emergente que le disputaban tal monopolio³¹, y el

²⁹ *Qué* nros. 202 del 07/10/58, 214 del 30/12/58, 218 del 27/01/59, 219 del 03/02/59. Para entonces, ocupado Rogelio Frigerio en tareas de gobierno, la dirección de la revista frigerista-frondizista había recaído en las expertas manos de Mariano Montemayor, sólo reciente ex-colaborador de *Dinámica social*, publicación orientada en los años cincuenta por Carlo Scorza, antiguo jerarca del régimen fascista italiano.

³⁰ “Sobre la situación política nacional y sus perspectivas” (reportaje a Victorio Codovilla en *El Siglo*, de Chile), en *Nueva Era...*, año XI, nro. 4, abril de 1959. La saga frentista concluiría, para el período que nos ocupa, en 1962, con el llamamiento partidario a la unidad electoral contra el precario gobierno frondizista, unidad que debía cristalizar políticamente en un frente cuyo “núcleo fundamental (...) debe estar constituido actualmente por comunistas, peronistas, socialistas marxistas y nuevos partidos antioligárquicos y antimperialistas” (*Nueva Era...*, año XIV, nro. 1, enero-febrero de 1962, “Editorial”, subrayado en el original). Por entonces, el Partido Comunista -aunque no sólo él- entendió, a la luz de la alta conflictividad social del período frondizista, que se estaba operando un “giro a la izquierda” en las masas peronistas, lo que acaso explique la inclusión de éstas -no, por cierto, la de su líder exiliado- en el llamamiento. Véase, para este punto, María Cristina Tortti: “Izquierda y ‘nueva izquierda’ en la Argentina...”, citado, p. 231, e “Izquierda y nueva izquierda a principios de los ‘60”, mimeo citado.

³¹ En 1959, esa pluralidad se expresa, entre otros indicios, tanto en la conocida encuesta de Carlos Strasser: *Las izquierdas en el proceso político argentino* (Buenos Aires, Palestra, 1959), que incluye a Silvio Frondizi, Rodolfo Ghioldi, A. M. Hurtado de Mendoza, Abel Latendorf, Nahuel Moreno, Rodolfo Puiggrós, Quebracho (Liberio Justo), Jorge Abelardo Ramos, Esteban Rey e Ismael Viñas, como en algunas de las intervenciones en el ciclo de mesas redondas sobre temas políticos organizado por el centro estudiantil de la Facultad de Derecho porteña, editado bajo el título *Tres revoluciones (los últimos veintiocho años)* (Buenos Aires, Editor Emilio Perrot, 1959), con unas “Palabras preliminares” del mismo Strasser.

resultante de acontecimientos internacionales destinados a tener poderosa repercusión en el “campo socialista” y en la legitimidad de la propia política soviética (v.gr. las revoluciones triunfantes en China, Argelia y Cuba), política a la que por lo general -como se ha señalado más arriba- adscribía más o menos fielmente la dirección del PCA.

Cuadernos de Cultura y la política cultural comunista: ¿renovación frustrada o adaptación defensiva?

Sin remontarse a antecedentes más remotos, cabe recordar que, desde por lo menos comienzos de la década de 1950, el régimen peronista inaugurado en 1946, no obstante su indiscutible fortaleza electoral, atravesaba una crisis severa, en parte derivada de su vacilante intento de redefinir la estrategia económico-social (y las alianzas políticas y sociales que la habían sustentado) impulsada en sus inicios. Se ha argumentado que esa redefinición suponía introducir sensibles transformaciones en el sistema de poder, y que tales transformaciones exigían del poder político “una mayor cuota de autoritarismo, visible ya en la época en relación a otros problemas, y el desarrollo de una tarea de vasto alcance en la captura de la sociedad civil”, incluido un ejercicio más intenso de la coerción por parte del Estado³². Esta multiplicación y reforzamiento de los resortes coercitivos -que no excluía, sino que más bien pretendía complementar, el de sus abundantes dispositivos simbólicos- se advirtió también claramente en la actitud oficial respecto del espacio cultural y sus instituciones.³³. Esta acrecida presión estatal seguramente debió aportar a

³² José C. Villarruel: “El Estado, las clases sociales y la política de ingresos en los gobiernos peronistas, 1946-1955”, en Mario Rapoport: *Economía e Historia* (Buenos Aires, Editorial Tesis, 1988), pp. 436-437.

³³ Fue por entonces -para mencionar unos pocos ejemplos sintomáticos- que el gobierno impulsó la creación de una organización gremial de estudiantes universitarios políticamente afín -la CGU- para competir con la opositora Federación Universitaria reformista, controló estrechamente el funcionamiento de las Academias Nacionales tras modificar sus estatutos, brindó espacio en el confiscado diario tradicional *La Prensa* a escritores simpatizantes (o al menos no frontalmente hostiles), apoyó calurosamente una escisión gremial de la Sociedad Argentina de Escritores -denominada Asociación de Escritores Argentinos-, e incluso llegó a encarcelar temporariamente, en 1953 (como parte de las represalias por un atentado en un acto de masas oficial), a un grupo de connotados intelectuales antiperonistas, entre ellos Francisco y José Luis Romero, Roberto Giusti y Victoria Ocampo, directora de la revista *Sur* (quien desde entonces recordaría periódicamente el episodio como símbolo inequívoco del desprecio del “régimen” por la “inteligencia”). En cualquier caso, el peronismo no parece haber logrado -si es que se lo propuso- articular una formación cultural alternativa sólida y relativamente homogénea en el espacio de los años cuarenta, enfrentada a la constelación antiperonista. John King ha sostenido que los apoyos al peronismo en el campo

profundizar el abroquelamiento opositor en el que se inscribía buena parte de los medios intelectuales argentinos desde los inicios mismos del “régimen”, fortaleciendo en su seno una lectura que encontraba en el peronismo una suerte de versión “criolla” del fascismo derrotado a escala mundial en 1945. Lectura que si había alcanzado particular densidad en los críticos años del surgimiento y acceso al poder del movimiento peronista, se nutría en claves político-ideológicas elaboradas desde mediados de los años treinta, y que perduraría -con el sigilo que la exclusión de instituciones culturales clave (especialmente la Universidad) y las densas circunstancias políticas parecían aconsejar- hasta el derrocamiento de Perón, para aflorar entonces con renovada vitalidad³⁴.

Cuadernos de Cultura se proponía desde principios de la década de 1950 como “órgano de estudio y discusión de la vida cultural del país”³⁵, convirtiéndose desde entonces en la principal publicación del “frente cultural” del PCA, con una tirada de 6.000 ejemplares hacia 1956, según datos (no necesariamente desconfiables, pero sí difícilmente verificables) provistos por su director. El objetivo declarado de *CC* consistía por entonces en “dar justificación teórica a la política cultural de los comunistas, denunciar consecuentemente las variadas manifestaciones de la ideología oscurantista e imperialista, estudiar concretamente los problemas de la reconstrucción cultural de la República, seguir atentamente sus

intelectual constituían “una mezcla de diferentes tendencias ideológicas cuyo único denominador común era el rechazo del liberalismo” (*Sur. A study of the Argentine literary journal and its role in the development of a culture*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986, p. 130, trad. nuestra). Un punto de vista no mucho más favorable han expresado, a su turno, intelectuales peronistas como Leopoldo Marechal, o ensayistas que analizaron, con benevolencia hacia el peronismo, su impacto en el campo literario y cultural, como Ernesto Godar en *El peronismo en la literatura argentina* (Buenos Aires, Freeland, 1971), y en “La literatura peronista”, incluido en VV. AA.: *El peronismo* (Buenos Aires, CEPE, 1973), pp. 139-186. Indicios de un panorama más complejo y matizado surgen del análisis de Carlos Mangone sobre “El periodismo cultural en *La Prensa* justicialista, 1951-1955”, en *Causas y Azares* nro. 2 (1995), pp. 125-135, o del que propone Alejandro Cattaruzza, a propósito del pasaje de intelectuales de tradición radical-democrática, ligados a la revista *Hechos e Ideas* en los años treinta, a las filas del peronismo en los cuarenta, en *Historia y política en los años treinta: comentarios en torno al caso radical* (Buenos Aires, Biblos, 1991).

³⁴ Por ejemplo, en algunos escritos de la época de José Luis Romero o de Gino Germani.

³⁵ En sentido estricto, como puntualiza Néstor Kohan (“Ernesto Giudici...”, citado, p. 117, nota), se trata de una publicación en la que pueden reconocerse diversos antecedentes (como los *Cuadernos de Cultura Anteo*, a los que cabría agregar la revista frentista *Expresión*, en los años cuarenta), y varias etapas, incluyendo una última y efímera reaparición en 1985-1986. La que aquí abordamos queda incluida, en la periodización que propone, en la tercera y más importante (1951-1967), e involucra la dirección a cargo de Héctor Pablo Agosti (1911-1984).

manifestaciones en todo el país y vincular el proceso argentino con la experiencia internacional”³⁶.

Sin negar los márgenes de autonomía relativa que para entonces la fracción intelectual responsable de su publicación disfrutaba (y disputaba) frente a la dirección político-partidaria cristalizada desde fines de los años '20, a los que se aludió más arriba, es válido afirmar que *CC* privilegió -más allá de tensiones y disidencias internas, más o menos sigilosas, superficiales o profundas- plasmar fielmente en el campo cultural (concebido éste como uno más de los “frentes” de acción partidaria) las alianzas impulsadas por el partido en el escenario político local. Si se consideran las notas dominantes de ese escenario en la etapa que nos ocupa -clivaje peronismo/antiperonismo, reforzado y sancionado por la exclusión del movimiento populista del terreno político legal, y temores crecientes, lindantes con la paranoia luego del triunfo y veloz radicalización de la Revolución Cubana, acerca de una expansión de las izquierdas en las clases populares y otros sectores sociales-, es posible advertir, como uno de sus rasgos centrales, el carácter fuertemente “defensivo” asumido por la política cultural comunista, que pivoteó básicamente - como ha señalado Carlos Mangone- alrededor de la denuncia del *maccarthismo* y de la valorización de espacios culturales institucionales (Sociedad Argentina de Escritores, Universidad, etc.), percibidos como ámbitos adecuados para el despliegue de las alianzas “democráticas” impulsadas³⁷. Bajo esta matriz pueden leerse, por ejemplo, el firme apoyo al socialista José Luis Romero en su gestión “modernizadora” (y depuradora) como interventor de la “Revolución Libertadora” en la Universidad de Buenos Aires, ante la “torpeza reaccionaria” de quienes criticaban su presunta tolerancia para con las “huestes marxistas”, torpeza ejemplificada en el conflicto del rector con el ministro de Educación pro-clerical Atilio Dell’Oro Maini³⁸; el

³⁶ Héctor Agosti: “Los problemas de la cultura argentina y la posición ideológica de los marxistas”, citado, pp. 55-56. Allí mismo constan los datos mencionados sobre la tirada de la publicación. Vale destacar la pregnancia de la idea de “reconstrucción” en el campo cultural tras el derrocamiento de Perón, que alcanzaba a formaciones por otra parte disímiles como la que encarnaba Agosti, y la revista *Sur*, cuyo primer número de la era post-peronista (el 237, de diciembre de 1955) estaba encabezado precisamente por el lema programático “Por la reconstrucción nacional”, impreso sobre tapa celeste y blanca.

³⁷ Carlos Mangone: “Izquierda y políticas culturales”, en *Utopías del Sur* nro. 4, 1990, p. 19.

³⁸ Véase “Por una universidad democrática”, en *CC* nro. 23, diciembre de 1955, pp. 1-5; y Héctor Agosti: “La reconstrucción de la universidad democrática”, *CC* nro. 24, marzo de 1956, pp. 1-10. Además del ágil intento ministerial de autorizar la creación de universidades privadas (finalmente efectivizado bajo el mandato de Frondizi), el recuerdo de un entonces delegado estudiantil que se contó entre los impulsores de la creación de la carrera de sociología en la Universidad de Buenos

cortejo y las periódicas apelaciones a la buena voluntad de los intelectuales liberales tradicionales nucleados desde las postrimerías del régimen peronista en ASCUA³⁹; la participación frentista en la álgida disputa en torno a la cuestión educativa conocida como “laica o libre” a fines de 1958 (fundada en algunas citas de Marx, pero sobre todo en extractos de Echeverría, en la vigencia de la Ley 1420 de educación común y en las propias posiciones del radicalismo frondizista cuando lideraba la oposición al peronismo⁴⁰), disputa en la que el PCA creyó ver, por boca de uno de sus más experimentados cuadros político-intelectuales, una cristalización efectiva, aunque penosamente efímera, del ansiado “frente democrático”⁴¹, o la política unitaria en torno a un difuso antimperialismo y a la defensa del laicismo educativo en los congresos de escritores⁴².

Las líneas esenciales de esa política resultaban fundadas, desde la perspectiva *dominante* en el comunismo⁴³, en la necesidad de la defensa y “superación” de una “herencia cultural” argentina que el PCA suponía democrática,

Aires ilumina poderosamente el contexto de estas intervenciones del intelectual del PCA: “Cuando [Gino] Germani ingresa [como profesor], José Luis Romero fue citado por el ministro de Justicia y Educación de Lonardi (...) para decirle que cómo estaba nombrando un comunista” (testimonio de Miguel Murmis, en Mario Toer (coord.): *El movimiento estudiantil de Perón a Alfonsín / 1*, citado, p. 30).

³⁹ Héctor Agosti escribe: “Tomemos, por ejemplo, la declaración de `Ascuá` con motivo de los sucesos de setiembre [de 1955]. Allí se dice que la distribución racional de la tierra y la persecución adecuada de los monopolios son indispensables para la regeneración argentina. Con leves modificaciones de forma son esos temas los que nosotros, comunistas, siempre vinimos destacando como característicos de la actual etapa de la liberación argentina. Y eso quiere decir que estamos dispuestos a recorrer con los integrantes de `Ascuá` -con algunos de los cuales nos hemos encontrado en más de una batalla en favor de nuestras libertades y de nuestras riquezas- una parte de ese camino común, a condición, claro está, que se comprenda la necesidad de transformar las declaraciones en actos” (“Los problemas de la cultura argentina y la posición ideológica de los marxistas”, citado, p. 26). Véase también “Las cosas claras”, *CC* nro. 27, setiembre de 1956, pp. 1-5.

⁴⁰ Héctor Agosti: “¿Enseñanza libre?”, *CC* nro. 37, setiembre de 1958, pp. 1-4.

⁴¹ Ernesto Giudici: “Una lección de historia”, *CC* nro. 38, noviembre de 1958, pp. 1-10.

⁴² Véase, por ejemplo, Gerardo Pisarello: “El IV Congreso de Escritores Argentinos” (*CC* nro.39, enero de 1959, pp. 109-116), donde se destaca como logro “El pensamiento comprensivo y coincidente [que] quedó evidenciado en las ocho comisiones que hicieron pronunciamientos únicos, sin registrarse un solo despacho en minoría”.

⁴³ Decimos *dominante* (y no única), pues difícilmente se encuentren históricamente formaciones culturales (de ésta u otra matriz cultural o ideológica) absolutamente homogéneas y exentas de tensiones internas, como lo ejemplifican en la misma época revistas argentinas tan diferentes entre sí como *Sur* o *Contorno*, sobre las que no me puedo extender aquí. Los minuciosos estudios de Néstor Kohan citados en este trabajo -a los que cabe agregar su estudio introductorio en *La Rosa Blindada. Una pasión de los `60* (Buenos Aires, Ediciones La Rosa Blindada, 1999)- han contribuido a matizar la habitual imagen de monolitismo ideológico “marxista-leninista” de la intelectualidad comunista argentina del período (aunque pueda discreparse con los alcances que el autor asigna a la “heterodoxia” de la figura y el pensamiento de Ernesto Giudici, quien recién se alejaría formalmente del PCA en 1973).

popular y racionalista, nacida con la Revolución de Mayo y prolongada por Rivadavia, Echeverría o Sarmiento, y en la consecuente búsqueda de aliados entre los intelectuales “honrados” de las filas liberales⁴⁴. Acaso ello explique las enérgicas protestas de *CC* cada vez que se insinuaba -sobre todo desde el campo del poder- su presunta “connivencia” con el peronismo antes o después de 1955⁴⁵. También resulta llamativa la moderación de sus críticas, en los primeros tramos de la “Revolución Libertadora”, a la formación liberal tradicional expresada en la revista *Sur* -sobre todo si se las compara con las difundidas contemporáneamente desde el ensayo nacional-populista en plena expansión, desde la franja “denuncialista” -como la denomina Oscar Terán- nucleada en *Contorno*, o aun desde la ruidosa, aunque parcial, disidencia interna a la constelación liberal expresada por ensayistas como el voluble Ernesto Sábato -ya repuesto de las efusiones patrióticas que le habían inspirado los comunicados de la marina de guerra en 1955-, o como Ezequiel Martínez Estrada, en 1956-⁴⁶. No menos significativo es el silencio casi estruendoso de la sección de crítica bibliográfica de la revista respecto de gran parte de la literatura no publicada por el entonces vasto aparato editorial partidario, autorreferencialidad que acaso constituyera -entre otras cosas- un modo de eludir

⁴⁴ Véase, por ejemplo, Héctor Agosti: “Los problemas de la cultura argentina y la posición ideológica de los intelectuales comunistas”, *CC* nro. 25, mayo de 1956, pp. 122 y ss. Véase también José Aricó: *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina* (Buenos Aires, Puntosur, 1988), Apéndice 3 (“La aceptación de la herencia democrática”). En el opaco debate interno del comunismo argentino, según Kohan figuras como “[Roberto] Salama y [Isidoro] Flaumbaun [impulsores iniciales de *CC*] -y con ellos Rodolfo Ghioldi- encarnaban las corrientes más ligadas a la cultura proletaria y al rechazo del pasado burgués, mientras que [Leónidas] Barletta y más tarde Raúl Larra expresarán -con Agosti, el futuro director de la publicación- la apuesta por el realismo y la continuidad de la tradición cultural pretérita”, en lo que constituiría un eco local de las polémicas desarrolladas en la Rusia post-revolucionaria temprana (Néstor Kohan: “Ernesto Giudici...”, citado, p. 118).

⁴⁵ Cf. por ejemplo “Seis años”, *CC* nro. 26, julio de 1956, pp. 1-3, y “Las cosas claras”, *CC* nro. 27, citado, que asumen la misma colocación retórica y política -“no hay que volver atrás, sino marchar hacia adelante”- planteada por Victorio Codovilla en “La nueva relación de fuerzas...”, citado.

⁴⁶ Véase, por ejemplo, Betina Edelman: “Reflejos de la crisis en nuestra cultura”, *CC* nro. 30, julio de 1957, donde el justamente célebre -por su ferocidad antiperonista- nro. 237 de *Sur* (diciembre de 1955) es calificado tan sólo como “...decepcionante. ¡Cuánta declaración intrascendente! ¡Cuánta superficialidad en el análisis!” (p. 80). El tímido *élan* crítico de esta nota puede dimensionarse cotejándolo con el de Oscar Masotta en “‘Sur’ o el antiperonismo colonialista” (en *Contorno* nro. 7/8), publicado un año antes, para no hablar de las intervenciones contemporáneas de un Ernesto Jauretche en *Los profetas del odio*, o de un Juan José Hernández Arregui en *Imperialismo y cultura*..

una confrontación abierta, estética pero eventualmente también política, con los potenciales aliados⁴⁷.

En cualquier caso, al igual que ocurría en el campo político, tal moderación no parece haber sido mayormente apreciada por algunos de sus destinatarios. Así, las páginas de *Sur* registran el XX Congreso del PCUS y la “desestalinización” como “una ilusión óptica”, en las postrimerías de la “Revolución Libertadora” (tras identificar al “fascismo” peronista de otrora como eventual antesala del comunismo) exhortan imperiosamente a los argentinos a escoger “entre Alberdi y Lenin”⁴⁸, e identifican con alarma, en clave de lectura “totalitaria”, al Berlín del III Reich con el Moscú de posguerra⁴⁹. Se trata sin duda de un contexto profundamente adverso, marcado, entre otros rasgos, por la defección democrática de gran parte de los fantaseados “aliados” del espacio liberal, por la inquietante popularidad en ascenso de los puntos de vista difundidos desde la vigorosa ensayística nacional-populista (y la progresiva identificación del peronismo con algunas vertientes del revisionismo histórico de segunda generación)⁵⁰ y -quizá principalmente- por el creciente descrédito de un régimen político que, tras desplazar al “aparato de Estado corporativo-fascista creado por Perón”, se había identificado discursivamente con la tradición liberal (la “línea Mayo-Caseros”), angostando dramáticamente los márgenes para la reivindicación de tal tradición por otros actores. Tal contexto acaso explique los motivos y alcances de la delicada operación intentada por Héctor Agosti y otros intelectuales comunistas hacia 1957-1959, consistente en diferenciar en la historia nacional una corriente político-ideológica “democrática” distinta y separada

⁴⁷ La poética realista defendida por el Partido -inspirada en la ortodoxia soviética- y sus avatares a fines de los '50 y primeros '60 son examinados por Horacio Crespo: “Poética, política, ruptura”, en Susana Cella (dir.): *La irrupción de la crítica*, citado, pp. 423-446.

⁴⁸ Denis de Rougement: “Los alegres palurdos del Kremlin”, *Sur* nro. 243, noviembre-diciembre de 1956, p. 36; Luis de Elizalde: “Lenin y el momento actual argentino”, *Sur* nro. 251, marzo-abril de 1958, p. 53.

⁴⁹ Josefina Marpons: “El pasado interminable: un relato de terrible actualidad”, *Sur* nro. 261, noviembre-diciembre de 1959, pp. 78-81. Sólo hacia estas tardías fechas *CC* parece haber endurecido su posición frente al grupo *Sur* (cf., por ejemplo, “Derrota oligárquica en la SADE”, en *CC* nro. 43, setiembre-octubre de 1959, pp. 95-97).

⁵⁰ Véase, sobre este punto, Alejandro Cattaruzza: “Algunas reflexiones sobre el revisionismo histórico”, en Fernando Devoto (comp.): *La historiografía argentina en el siglo XX* (Buenos Aires, CEAL, 1993), T. I, pp. 113-139. Esa popularidad -cuyo tópico era el de la necesidad de “nacionalizar la inteligencia argentina- y la de sus articuladores ideológicos -muchos de los cuales habían conocido un casi ostracismo político en los años finales del régimen peronista- sólo pudieron desplegarse sobre la base de lo que Silvia Sigal ha denominado como “crisis de identidad” de las “clases medias progresistas”, y de la virtual legitimidad alternativa que comenzaba a plantear de hecho la perdurabilidad del arraigo social del peronismo proscripto.

del liberalismo, operación que, si acaso reconoce antecedentes en su notable libro *Echeverría*⁵¹, se esboza más nítidamente en diversos artículos publicados en las páginas de *CC* en 1958/1959⁵², para culminar en las obras del propio Agosti, *Nación y cultura* y *El mito liberal*, ambos de 1959.

José Aricó, por entonces discípulo de Agosti y luego protagonista arquetípico de las derivas políticas e intelectuales de la polifacética disidencia “neoizquierdista” de los años sesenta y setenta, ha afirmado que, con estos últimos trabajos - publicados en plena etapa de decepción con la promesa “progresista” del frondizismo-, Agosti, “con su doble combate contra la tradición liberal, por su falta de nervadura democrática, y contra el nacionalismo, por su visión nostálgica o autoritaria del pasado argentino (...) pretendía darle a su partido una autonomía cultural y política de la que hasta entonces había carecido”, y que “se colocaba tan en las antípodas de las posturas tradicionales del comunismo argentino que debía provocar, como es natural, algún desconcierto en sus filas”⁵³. Ello parece, no obstante, bastante discutible. Si bien Agosti efectivamente procuraba distanciarse, con cierta audacia intelectual para los cristalizados parámetros dominantes de la política cultural partidaria, tanto del “cosmopolitismo disolvente del espíritu nacional” (supuestamente encarnado en Borges) y de la ensayística “metafísica” de un Martínez Estrada o un Héctor Murena, como del “llamado nacionalismo político,

⁵¹ Buenos Aires, Editorial Futuro, 1951. Como ha recordado José Aricó (*La cola del diablo...*, citado, apéndice 2), el libro se inscribía en la “campana de recordación echeverriana” articulada en confrontación con el peronismo gobernante por intelectuales liberal-democráticos, socialistas y comunistas, nucleados en una comisión presidida por Carlos Alberto Erro, en ocasión del centenario de la muerte de Echeverría. La amplitud de la “campana” se refleja, v.gr., en la producción de numerosos libros, ensayos y conferencias, parte de los cuales contabiliza Roberto Giusti en “Defensa del espíritu de Mayo”, incluido en su volumen *Momentos y aspectos de la cultura argentina* (Buenos Aires, Editorial Raigal, 1954). La significación auspiciosa de esta convergencia, desde la óptica comunista, puede apreciarse en Héctor Agosti: “Sustancia actual de Echeverría”, discurso pronunciado en abril de 1952 en el banquete celebratorio de la aparición de su obra, ofrecido con palabras de Carlos A. Erro, incluido en Héctor Agosti: *Para una política de la cultura*, citado, pp. 138-144.

⁵² Por ejemplo, en los que conforman el debate en torno a la “generación del ‘80” protagonizado por Manlio Macri y Paulino González Alberdi (*CC* nros. 33, 34 y 37 del año 1958), y con mayor claridad en Juan Carlos Portantiero: “Gutiérrez, político nacional”, *CC* nro. 41, mayo-junio de 1959, pp. 22-33.

⁵³ José Aricó: *La cola del diablo...*, citado, pp. 56-57. En parecido sentido pondera Kohan estas obras de Agosti, aunque al mismo tiempo destaca que éste, al igual que Ernesto Giudici en el campo del debate filosófico -y a diferencia de algunos de sus jóvenes discípulos poco después- se mantuvo fiel a la ortodoxia política de la organización, lo que expresaría el peso de ésta en la tradición cultural comunista. Cf. “Héctor Agosti y la primera recepción de Gramsci en la Argentina”, en *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*, citado, pp. 173-191. Tampoco difiere sustancialmente de la de Aricó la visión del asunto que presenta Raúl Burgos: *Los gramscianos argentinos* (Buenos Aires, Siglo XXI, 2004), p. 48.

adherido a todos los caducos lemas de la reacción”, era sólo para desembocar en la nada novedosa aprobación de “las diversas corrientes pequeño-burguesas (...) que recaen sin embargo en las grandes líneas de una interpretación nacional antiimperialista”⁵⁴. Su escritura de cariz gramsciano sobre el “proceso de ruptura entre las élites y el pueblo” y la necesidad de superarlo a través de la hegemonía del “pueblo” y la consecuente consolidación de una nueva cultura “nacional-popular” (que aparentemente lo acercaban a ciertos tópicos del ensayo nacional-populista), ocultaba mal, sin embargo, la continuidad de la módica y tradicional propuesta partidaria de armonización de clases, pues si “pueblo” remitía a “las fuerzas objetivamente opuestas a la negación nacional representada por la presencia del imperialismo y la persistencia de remanentes feudales”, las contradicciones entre aquellas fuerzas bien podían “armonizarse, al menos circunstancialmente, frente a las fuerzas extranacionales que intentan oscurecer su sentido más profundo”⁵⁵.

Agosti llevaba su razonamiento hasta llegar a la proposición según la cual en nuestro país “el pensamiento liberal representa un retroceso en relación al pensamiento democrático” -retroceso que pretendía ejemplificar a través del cotejo histórico entre las generaciones de 1837 y de 1880-, e incluso se permitía desplegar un abanico de críticas -de raigambre filosófica ciertamente ajena al marxismo- a los liberales argentinos del siglo XIX, de quienes el intelectual comunista hubiera deseado (como acaso aún íntimamente deseaba de sus herederos) “un esfuerzo real por encauzar al país argentino sobre auténticas bases capitalistas (...) [y] una actitud democrática...”⁵⁶. Sin embargo, pronto se preocupaba por aclarar que su operación crítica no se proponía “desahuciar en bloque a los intelectuales liberales”, sino más bien desbrozar “un campo común de búsquedas y probables entendimientos”⁵⁷. En un sentido similar, en la Segunda Reunión Nacional de

⁵⁴ *Nación y cultura* (Buenos Aires, CEAL, reedición 1982), pp. 117 y 237, 100 y 192. Ejemplos de esa valiosa “ambición nacional no proletaria” serían para Agosti las figuras de Luis Dellepiane y Moisés Lebensohn, en el terreno político, y el grupo *Contorno* en el cultural (p. 237).

⁵⁵ *Nación y cultura*, citado, p. 63, 11-12 y 50. En realidad, ya en 1952 Agosti refería a la centenaria “separación entre la inteligencia y el pueblo” como “una de las señales más dolorosas, y también más visibles, de la irregularidad de nuestro desarrollo nacional” (“Sustancia actual de Echeverría”, citado, p. 142).

⁵⁶ *El mito liberal* (Buenos Aires, Procyon, 1959), p. 49.

⁵⁷ *El mito liberal*, citado, pp. 166-167. Seguramente no por casualidad el título original que llevaría el volumen era *Cartas a un liberal*, y fue “pensado como una carta a Carlos Alberto Erro, un liberal que a su vez simpatizaba con el partido”, según testimonio de uno de sus entonces jóvenes discípulos, Juan Carlos Portantiero, en *El ojo mocho* nro. 1, verano de 1991, p. 8.

Intelectuales Comunistas (presidida por Agosti en diciembre de 1958) -y sin perjuicio de las apelaciones gramscianas al uso stalinista que permean a varias de las intervenciones- se afirmaba que la batalla antioligárquica y antimperialista en el “frente cultural” debía incluir “la justa valoración de los intelectuales democráticos” formados en el liberalismo, proponiéndose como modelo de política cultural a seguir en el presente “no sólo el período crítico pasado, sino las experiencias del movimiento cultural de la década del ‘30”⁵⁸.

A la luz, entonces, de este más bien módico *asalto a la razón* liberal, sustantivamente compatible con la línea tradicional partidaria aunque, naturalmente, adaptada a circunstancias extremadamente difíciles para su mera reproducción sin algún mínimo acondicionamiento (lo que no supone sin embargo, pese al deleite de un Hernández Arregui, concesiones mayores a la creciente influencia de matrices populistas), a lo sumo parece posible sostener que las tensiones y ambigüedades que innegablemente involucraba, llevadas al límite por otros actores (entre ellos, el propio Aricó y sus compañeros de *Pasado y Presente*), “jugaron un papel nada despreciable en las rupturas juveniles de los 60”⁵⁹. Por otra parte, no es necesario recordar que, en el liberalismo argentino del siglo XIX, la democracia se dibujó como un *problema*, antes que como una *solución* política⁶⁰. Más llamativo resulta, en cambio, que, en el discurso agostiano, estas apelaciones a la recuperación y

⁵⁸ Héctor Schmucler: “El problema cultural en Córdoba y la tarea de los comunistas”, *CC* nro. 40, marzo de 1959, pp. 111-112, y Leonardo Paso: “La lucha por la hegemonía cultural”, en *ibid.*, p. 105, respectivamente. Más perspicazmente, el historiador José Carlos Chiaramonte advertía que “la crítica de la concepción liberal [de la historia argentina] es tan necesaria como la del revisionismo nacionalista”, entre otras razones para “preservar nuestra independencia de juicio ante la presión de nuestros aliados” (“Los intelectuales comunistas y sus tareas”, *CC* nro.40, p. 127).

⁵⁹ Néstor Kohan: “Héctor Agosti...”, citado, p. 181. En el mismo sentido, y respecto de la tarea precursora de Agosti en la difusión de Gramsci en la cultura comunista local y de habla hispana, afirma Tarcus: “Los límites de la perspectiva abierta por Agosti no tardaron en hacerse visibles para sus discípulos, cuando advirtieron cómo había comprometido, en última instancia, la apropiación de Gramsci a la perspectiva político-partidaria de los frentes democráticos”. Horacio Tarcus: “El corpus marxista”, en Noé Jitrik (dir.): *Historia crítica de la Literatura Argentina* (Buenos Aires, Emecé, 1999), vol. 10 (*La irrupción de la crítica*), p. 469.

⁶⁰ Tulio Halperín Donghi: “Liberalismo argentino y liberalismo mexicano: dos destinos divergentes”, en *El espejo de la historia* (Buenos Aires, Sudamericana, 1987). Al trazar algunas diferencias históricas entre ambos, Halperín señala que “la creación de un consenso de signo liberal que, como en México, hiciese de la vocación innovadora el rasgo central del orden establecido, fue en el siglo XX [en la Argentina] la propuesta siempre perdedora de las izquierdas marxistas, que buscaban a través de ella ganar un lugar legítimo en el sistema político” (pp. 143-144). Imposible obviar la densidad histórica de estos antecedentes a la hora de explicar por qué los embates contra el liberalismo, crecientemente generalizados desde las posiciones más variadas del campo cultural tras la caída de Perón, no solían hacer -como lamenta treinta años después Oscar Terán- mayores distinguos entre un liberalismo “doctrinario” y el “realmente existente” (cf. “Rasgos de la cultura argentina en la década de 1950”, citado, p. 217).

“superación” (en el sentido dialéctico) de tan huidiza tradición democrática decimonónica no colisionaban, todavía en 1959, con la proscripción del peronismo, pues, a juicio del intelectual comunista, si la Argentina tenía “una profunda herida en su costado”, ésta radicaba en el latifundio y la sujeción imperialista, y en modo alguno en “la exasperación mítica de un jefe”⁶¹.

La “modernización” post-peronista y los límites de una política cultural

Diversos testimonios parecen confirmar la tesis según la cual, en el contexto de la ambigua -y plagada de claroscuros y precariedad- pero sin dudas intensa “modernización” cultural desplegada tras la caída del peronismo, el marxismo se convirtió en un polo de atracción y en uno de los ejes de ese mismo proceso⁶². Así, desde las propias filas del Partido Comunista se saludaba “el movimiento de curiosidad de las nuevas generaciones” por la “doctrina marxista”, aunque se advertía simultáneamente sobre las “flamantes fórmulas” inventadas para impedir ese movimiento⁶³. Pero también un profesor de filosofía completamente insospechable de simpatías izquierdistas podía criticar, con llamativa dureza, una historia de esa disciplina en la Argentina, entre cuyos defectos sensibles se contaba el no mencionar “el interés suscitado en los últimos años por el marxismo”, interés vinculado, según el comentarista, “con cierto desencanto por la democracia -de que se esperaban no sé qué maravillas- poco después de 1955, acentuado, naturalmente, por las falsas promesas marxoides de la última campaña electoral”⁶⁴. En un espacio cultural en el que, por otra parte, la dimensión generacional - imbricada con la conflictividad política instalada por el peronismo- adquirió sensible

⁶¹ *El mito liberal*, citado, p. 127. Dos años antes, en plena dictadura “libertadora”, al reseñar otro libro del propio Agosti, Orestes Ghioldi explicaba didácticamente a los “sectores confundidos” que “la oposición no es peronismo o antiperonismo, sino salida democrática o salida reaccionaria” (CC nro. 28, marzo de 1957, p. 118).

⁶² Horacio Tarcus: “El corpus marxista”, citado, p. 465-466.

⁶³ Héctor Agosti: “Los problemas de la cultura argentina y la posición ideológica de los marxistas”, citado, p. 51. Entre esas fórmulas, destaca “la de un marxismo `abierto` (...) que procura mezclar ciertas nociones del marxismo con algunos brebajes existencialistas, para exaltar al joven Marx de los primeros escritos, no liberado totalmente del hegelianismo (...); ya estamos viendo a uno de sus profetas, el señor Merleau-Ponty, señalado como filósofo máximo de nuestro tiempo en tantos papeles que se imprimen entre nosotros”.

⁶⁴ Adolfo P. Carpio: “La filosofía en la Argentina (1930-1960) según el Dr. Virasoro”, *Sur* nro. 275, marzo-abril de 1962, p. 71. En el mismo registro, entre irónico y alarmado, Héctor Murena denunciaba poco antes que “el comunismo (‘marxismo’, para darle un toque de distinguido apartamiento cultural dentro del ‘compromiso’) se ha convertido en la moda endémica de la juventud intelectual argentina” (“La mala vida”, *Sur* nro. 269, marzo-abril de 1961, p. 104).

relieve⁶⁵, el acercamiento al PCA por parte de una fracción intelectual joven luego del '55, primero, y del frustrante viraje “desarrollista” de Frondizi, después -acercamiento memorado en años recientes, entre otros, por Juan Carlos Portantiero y Silvia Sigal-⁶⁶, parece haber sido tan real como efímero, si se recuerda que las principales sangrías partidarias de la década del sesenta -la del grupo *Pasado y Presente* en 1963, la del colectivo editor de *La Rosa Blindada* en 1964, y la que originaría luego la formación de un partido de orientación maoísta, en 1967/68- tendrían, más allá de sus múltiples diferencias, “el sello de los sectores juveniles, universitarios e intelectuales”⁶⁷.

Tras esa dificultad para capitalizar en forma estable y duradera aquel interés por el marxismo, transferido en muchos casos a otras formaciones culturales y organizaciones políticas emergentes⁶⁸, es posible discernir razones más propiamente “políticas” -entre las cuales destacan, seguramente, la persistente distancia con las clases populares, y el impacto, que no podría exagerarse, de la Revolución Cubana, tan contrastante en su vertiginosa radicalización con la moderación del comunismo local-, que fueron conformando lo que María Cristina Tortti ha denominado “el ‘malestar’ dentro del PC”⁶⁹. Sin embargo, parece posible también hipotetizar sobre el “malestar” producido al interior de la curiosa intelectualidad juvenil por la rigidez de una política cultural que, hacia los primeros

⁶⁵ Como lo han señalado, entre otros, Carlos Altamirano: “Peronismo y cultura de izquierda en la Argentina, 1955-1965”, en *Peronismo y cultura de izquierda*, citado. Diversos síntomas de la constitución de lo generacional en una dimensión crecientemente significativa para el análisis de lo que sucedía en el campo cultural, incluso ya antes de la caída del peronismo, pueden encontrarse, por ejemplo, en la labor crítica de los jóvenes intelectuales del grupo *Contorno* -caracterizados por un crítico uruguayo como “parricidas”-, o en el desencanto de la revista *Centro* (órgano del centro estudiantil de la Facultad de Filosofía y Letras porteña) al evaluar los resultados de una serie de notas y entrevistas a intelectuales como Risieri Frondizi, Héctor Agosti, Francisco Romero y Roberto Giusti, entre otros, publicados en su nro. 10, de noviembre de 1955: “...muchos de nuestros `intelectuales` (...) continúan marcando obstinadamente el viejo paso de sus primeras armas literarias (...) Quisimos hacer un número de revisionismo comprometido, y no lo conseguimos...”. *Centro* nro. 10, Editorial; citado en Carlos Mangone y Jorge Warley: *Universidad y peronismo, 1946-1955* (Buenos Aires, CEAL, 1984), p. 47.

⁶⁶ Cf. la ya citada entrevista al primero en *El ojo mocho*, nro. 1, verano de 1991, pp. 7-8, y Silvia Sigal: *Intelectuales y poder...*, citado, p. 174.

⁶⁷ Carlos Mangone: “Izquierda y políticas culturales...”, citado, p. 20.

⁶⁸ Como se ha destacado a menudo, resulta sintomático que CC destine su nro. 50 (noviembre-diciembre de 1960), luego editado como folleto, a esclarecer “Qué es la izquierda”, ante la creciente proliferación de lo que un joven colaborador caracterizaba como “merodeadores del marxismo”, resistentes a incorporarse al “marxismo organizado, al Partido Comunista” (Juan Carlos Portantiero: “Algunas variantes de la neoizquierda argentina”, CC nro. 50, citado, pp. 62-63).

⁶⁹ María Cristina Tortti: “Izquierda y ‘nueva izquierda’ en la Argentina...”, citado, pp. 230-232, e “Izquierda y nueva izquierda a principios de los ‘60”, mimeo citado.

sesenta, incluía algunos rasgos bastante estables: una defensa puramente “superestructural” del proceso revolucionario cubano -que destacaba sus logros puntuales y alentaba las iniciativas frentistas de apoyo a la isla, sin involucrar cuestionamiento alguno de las propias prácticas políticas⁷⁰; la condena sin apelación -y en general sin examen riguroso- de vertientes sin duda heterogéneas, pero en cualquier caso tan significativas, de aquella modernización cultural local como la expansión del psicoanálisis -pues “Freud no hace sino reflejar en una fraseología pseudocientífica los temas propagandísticos del imperialismo”⁷¹ o de las flamantes ciencias sociales académicas -“manías burguesas”, según la sentenciosa prosa del dirigente Rodolfo Ghioldi⁷²; el denuesto de tendencias musicales o plásticas ajenas a los rígidos cánones propios del realismo socialista -las “corrientes abstractistas...encuentran incuestionablemente un auspicio muy visible, muy notorio de los grupos vinculados al imperialismo”⁷³, o de géneros literarios “populares” enteros como la novela policial⁷⁴. Y que también rechazaba -siquiera oblicuamente- los módicos ecos locales de la crisis de la moral sexual tradicional, por caso elogiando una resolución emanada de un congreso de escritores que reclama la prohibición de las historietas en serie y de las novelas erótico-policiales, o recomendando a los escritores jóvenes “menos sexo trastornado, menos Faulkner,

⁷⁰ Un ejemplo entre muchos puede verse en Jesualdo: “Cuba, territorio libre de analfabetismo”, *CC* nro. 59, setiembre-octubre de 1962, pp. 71-89; el frentismo, a su vez, cristaliza en iniciativas como la de la revista *Hoy en la cultura*, cuyo primer número apareció en noviembre de 1961 con la dirección de Pedro Orgambide, Raúl Larra y David Viñas. Un panorama de los debates sobre la Revolución Cubana y de los vaivenes de la noción de “compromiso político” en las revistas culturales argentinas de la época puede verse en Carlos Mangone: “Revolución Cubana y compromiso político en las revistas culturales”, en Grupo “Arte, cultura y política en los años `60” (eds.): *Cultura y política en los años `60*, citado, pp. 187-205.

⁷¹ J. H. Lawson: “El hombre-masa”, *CC* nro. 27, setiembre de 1956, p. 106. El propio Agosti, al referirse a la gravitación del cine, la radio o las historietas sobre las masas populares, recomendaba orientar su crítica según la idea del enemigo principal, que “es, indudablemente, la ideología de la decadencia imperialista, de la literatura negra, de la amoralidad del gangster, que denigran la condición humana, que desmoralizan al hombre y le destruyen su fe en la vida para convertirlo después en un robot pasivo y psicoanalizable” (“Los problemas de la cultura argentina y la posición ideológica de los marxistas”, citado, p. 50). Cf. también el nro. 43 de *CC*, de setiembre-octubre de 1959, donde se cuestiona el libro *Psicoanálisis y dialéctica materialista*, de José Bleger.

⁷² “Cosas de la sociología”, *CC* nro. 53, setiembre-octubre de 1961, pp. 22-38.

⁷³ Héctor Agosti: “Problemas de la plástica argentina”, *CC* nro. 38, noviembre de 1958, p. 39. Idéntico auspicio resulta estar detrás de “la música y los bailes distorsionadores norteamericanos, que amenazan malograr a las nuevas generaciones...”, según César Godoy Urrutia: “El imperialismo en la educación latinoamericana”, *CC* nro. 36, julio de 1958, p. 26.

⁷⁴ En este terreno, por ejemplo, Borges puede ser criticado -entre otras razones- por “patrocinar” un género que, junto con los *comics*, “tanto daño está ejerciendo sobre nuestra juventud”. Betina Edelman: “Reflejos de la crisis en nuestra cultura”, citado, pp. 76-77.

menos Pavese (...), más Payró, más Quiroga, más Barletta”⁷⁵. Desde la perspectiva dominante de la política cultural partidaria, estas condenas gustaban presentarse como una dimensión del duro combate del “partido de vanguardia” del proletariado contra el “irracionalismo”, el “subjetivismo” o la “degradación” inherentes a la industria cultural del capitalismo agonizante, pero quizás asumirían, a los ojos atentos de parte de la nueva generación intelectual, el rostro aborrecido de lo arcaico y residual.

Esos rasgos fuertemente autorreferenciales y doctrinaristas de la política cultural del comunismo local son todavía los que informan la intervención de Héctor Agosti -principal responsable del “frente cultural” partidario- en el XII congreso del PCA, celebrado en la clandestinidad a principios de 1963, en una coyuntura política (la que media entre el derrocamiento de Frondizi y la llegada a la presidencia de Arturo Illia) particularmente confusa y convulsionada de la Argentina post-peronista. Sintomáticamente, Agosti concedía allí -en tono casi paternal- cierta legitimidad al descontento de algunos jóvenes intelectuales comunistas, entre quienes descubría una “generalizada (y atendible) exigencia de rigor crítico y de idoneidad, una voluntad de superar los esquemas valederos para cualquier ocasión”. Ello no obstaba a la denuncia del “eclecticismo y la cotorrería pequeñoburgueses”, categorías agostianas que incluían “[el] instrumentalismo y la microsociología, las teorías desarrollistas en la economía, los injertos freudomarxistas, y así sucesivamente”. En cualquier caso, advertía a continuación: “no debe alarmarnos la polémica interna -y ni siquiera la exteriorización de esa polémica *cuando se refiere a cuestiones específicas que no conciernen a la línea política del Partido*”,⁷⁶ precisión que parece remitir al conflicto ya suscitado con el grupo juvenil que sólo unos meses después iniciaría la publicación de la revista *Pasado y Presente* (hecho catalizador de su expulsión de las filas partidarias), al tiempo que procura delimitar con nitidez

⁷⁵ Gerardo Pisarello: “El IV Congreso de Escritores Argentinos”, citado, p. 113; “Buenos cuentos argentinos”, reseña de José Luis Mangieri, *CC* nro. 34, marzo de 1958, p. 120.

⁷⁶ “Intervención de Héctor Pablo Agosti (Comisión de Asuntos Culturales)”, en *XII Congreso del Partido Comunista de la Argentina. Informes e intervenciones* (Buenos Aires, Anteo, 1963), pp. 719-720 (subrayados nuestros). Agosti revela discretamente lo que en otras intervenciones se torna más explícito: la percepción de las “capas intelectuales” como desconfiables y necesitadas de la “ayuda” ideológica del Partido (cf., por ejemplo, Leonardo Paso: “La lucha por la hegemonía cultural”, citado). Punto de vista no demasiado alejado del sustentado por un connotado representante del “enemigo principal”, el presidente estadounidense Truman, quien gustaba afirmar con ruda franqueza que “los intelectuales como consejeros son muy recomendables (...), siempre que haya un viejo profesional que les diga qué hay que hacer” (citado en Juan Marsal: *La sombra del poder. Intelectuales y política en España, Argentina y México* (Madrid, Edicusa, 1975), p. 30.

los estrechos márgenes de tolerancia existentes para la tramitación del mismo. Este modo categórico de “resolución” de las (históricas) tensiones entre práctica intelectual autónoma y militancia partidaria muestran al veterano intelectual comunista alejado de los días -acaso más tranquilos- de 1956 en los que, frente a las críticas provenientes desde fuera de la organización por la “intromisión” del Partido en el trabajo intelectual, podía responder con confianza: “nosotros decimos que no sólo aceptamos esa `intromisión` sino que la consideramos tan indispensable que la estamos practicando en nosotros mismos con esta primera conferencia nacional de intelectuales comunistas. El partido no es una entelequia metafísica; el partido somos nosotros mismos, responsables solidariamente de su línea política y ejecutores, por lo tanto, de la `intromisión` en nuestro trabajo de esa línea política que hemos elaborado y decidido colectivamente: en ello consiste la función dirigente del partido”⁷⁷. Siete años después, ya no parece haber espacio para ese coniado “nosotros”, que parecía querer albergar por igual, en un plano de igualdad y responsabilidad solidarias, a cuadros “políticos” e “intelectuales” del partido. En el transformado ambiente político-cultural de los primeros sesenta, las ya previsibles declamaciones de tono gramsciano acerca de la importancia crucial de la “batalla por la hegemonía cultural” concluían reduciendo tal ciclópeo combate a la defensa del laicismo en la educación argentina según los cánones de la casi centenaria Ley 1420, tarea definida como “central” para la política cultural partidaria.⁷⁸ Tarea seguramente no despreciable en una sociedad que amalgamaba rasgos de “modernización” cultural con la persistencia de núcleos duros del más brutal tradicionalismo. Pero que muchos jóvenes intelectuales con voluntad de intervención política encontrarían para entonces insuficiente⁷⁹, estimulando su migración a las filas de la “nueva izquierda”, para abjurar de ese recorrido y retornar

⁷⁷ Héctor Agosti: “Los problemas de la cultura argentina y la posición ideológica de los marxistas”, citado, pp. 53-54. La misma confianza parece subyacer a la caracterización de los intelectuales como “ingenieros de almas”, según la hermosa definición de Stalin”, definición que Agosti suscribe en un artículo de 1945 (“Algunos problemas de política cultural”), reeditado en 1956 (evidentemente, antes de que los vientos del XX Congreso del PCUS llamaran a recato al PCA) en su volumen *Para una política de la cultura*, citado, p. 66.

⁷⁸ “Intervención de Héctor Pablo Agosti...”, citado, p. 713.

⁷⁹ Poco antes de su muerte, Aricó recordaba en una entrevista la dimensión específicamente política del conflicto con la dirección partidaria precipitado con el lanzamiento de la revista *Pasado y Presente*, pero también la ambición de “poder medir el instrumental marxista con el de las ciencias sociales contemporáneas y otras corrientes filosóficas”, como se evidencia en las páginas de la propia publicación (“Aricó, un año después”, en diario *Página/12*, 20 de agosto de 1992, p. 29).

sobre los pasos de la intelectualidad tradicional tras su catastrófica derrota en los años '70.